



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Altamirano, Carlos

De la historia política a la historia intelectual : reactivaciones y renovaciones



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Altamirano, C. (2005). *De la historia política a la historia intelectual: reactivaciones y renovaciones*. *Prismas*, 9(9), 11-18. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2267>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

De la historia política a la historia intelectual

*Reactivaciones y renovaciones**

Carlos Altamirano

Universidad Nacional de Quilmes / Universidad de Buenos Aires / CONICET

Basta observar la actual proliferación de la literatura histórica sobre ciudadanía, republicano, desarrollo del sufragio o surgimiento de una esfera pública en los países de América Latina para afirmar que la historia política ha vuelto.¹ Sé que no hago ningún descubrimiento con esta aseveración, pues se trata de un hecho reconocido. La historia política, por cierto, no es una novedad en nuestros países. Sin embargo, estrictamente no se trata del simple retorno a una práctica historiográfica ya largamente transitada. Tampoco de la proyección de una escuela o de una corriente historiográfica determinada. Podría hablarse de una refundación de la historia política, pero sin la hegemonía de un modelo. Lo que puede observarse son más bien convergencias e intersecciones de preocupaciones que no proceden de una sola fuente de inspiración teórica. Ahora bien, el renacimiento de la historia política ha activado —o se ha aliado con la activación de— otros modos de interrogar el pasado, como la historia de las élites y la historia intelectual.

En lo que sigue quiero darle un desarrollo más argumentado a estas pocas y simplificadoras afirmaciones.

En tanto forma historiográfica, como sabemos, la historia política no es novedosa en América Latina: data del siglo XIX. En los países latinoamericanos de la segunda mitad del siglo XIX, saber historia era —como escribió José Luis Romero— “tener opinión acerca del proceso de constitución del país o, mejor aun, participar en alguna medida en el arduo proceso de definición de la nacionalidad. Porque ésta era, en el fondo, la motivación sustancial de la pasión que suscitaban los estudios históricos”.² Romero pensaba antes que nada en las obras de los fundadores de la historiografía latinoamericana: Domingo F. Sarmiento, Bartolomé Mitre, José Victorino Lastarria, Diego Barros Arana, Daniel O’Leary, José Luis Mora. Nacida

* Ponencia presentada en el Coloquio Internacional “América Latina: historia, realidades y desafíos”, organizado por el Posgrado de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Autónoma de México.

¹ Puede leerse un amplio y razonado panorama de esta literatura histórica en Hilda Sabato, “On Political Citizenship in Nineteenth-Century Latin America”, *The American Historical Review*, vol. 106, N° 4, octubre de 2001.

² José Luis Romero, “Los puntos de vista: historia política e historia social”, en *Situaciones e ideologías en Latinoamérica* (Ensayos compilados por Luis Alberto Romero), Buenos Aires, Sudamericana, 1986, p. 15.

bajo el signo de la conjunción entre liberalismo e historicismo romántico, esa historia política tenía en general como objeto el relato de la nación. Es decir, el relato de la formación y el surgimiento de un sujeto colectivo, el *pueblo-nación* (argentino, o chileno, o colombiano o mexicano), que se desplegaba pese a obstáculos y errores, afirmando una personalidad nacional distintiva.

Las luchas políticas –tema casi exclusivo de esas obras– se inscribían en las luchas por la civilización contra la barbarie; pero se inscribían sobre todo en la lucha contra el autoritarismo, la ignorancia, el dogmatismo [...]. Aun la lucha por la juridicidad era una lucha por la libertad, en un ámbito social en el que el viejo autoritarismo colonial había sido heredado por caudillos y dictadores surgidos de las guerras civiles que siguieron en casi todos los países a la Independencia.³

El hilo de la historia, que era el de la libertad y el progreso, podía romperse aquí y allá, pero siempre se regeneraba y reanudaba su marcha. El Estado nacional, ordenado según los principios del constitucionalismo liberal, era (o debía ser) el corolario y la expresión de esa personalidad preexistente.

Cuando en el último tercio del siglo XIX los razonamientos y las nociones de la “ciencia social” positivista se incorporaron al bagaje intelectual de las élites, la actitud de éstas respecto de esa narrativa histórica liberal fue haciéndose más recelosa. La permanencia del caudillismo y de la violencia política, vistos como lastres de la herencia hispánica o reflejos de la constitución racial de los pueblos de “nuestra América”, fue volviendo más cautos los diagnósticos sobre la marcha de las repúblicas hispanoamericanas. Pero la interpretación del pasado no perdió el eje político nacional. La marcha de nuestros países podía aparecer más lenta y torpe que el modelo ofrecido por la América sajona, pero ella, de todos modos, no escapaba a las leyes del progreso o, más bien, a las leyes de la evolución, concepto que le dio a la idea de progreso las garantías de la ciencia. Dentro de ese mismo cuadro intelectual positivista, la sociedad podía ser pensada como un organismo –“un ser vivo”, como decía el mexicano Justo Sierra, que “crece, se desenvuelve y se transforma”–,⁴ pero ese organismo era un organismo nacional y el relato de su evolución seguía siendo el relato de un ser nacional.

El desgaste de la historia política en América Latina comenzará en el siglo XX y el primer agente crítico de esa concepción será el marxismo. Aunque en algunos países la entrada del materialismo histórico fue casi contemporánea con el ingreso de la sociología positivista,⁵ su propagación continental es indisociable de la Revolución Rusa de 1917. El canon interpretativo del marxismo, como se sabe, cambia el centro de interés del análisis histórico, desplazándolo del dominio político al de la estructura económica y las relaciones de clase correspondientes a esa estructura. Los conflictos políticos debían ser descifrados a la luz de estas dimensiones, entendidas como fundamentos últimos –la “base real”, como decía Marx– de la vida social. Los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), de José

³ José Luis Romero, “El liberalismo latinoamericano”, en *Situaciones e ideologías en Latinoamérica (Ensayos compilados por Luis Alberto Romero)*, cit., Parte I, p. 160.

⁴ Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 264.

⁵ Ya en una conferencia de 1898, “La teoría científica de la historia y la política argentina”, el socialista Juan B. Justo expone una visión de la historia nacional en clave marxista.

Carlos Mariátegui, fueron el primer resultado relevante de este método de análisis. La idea de “nacionalizar” el marxismo para fundar una estrategia política adecuada al tipo de sociedad que eran las latinoamericanas alimentó la producción historiográfica inspirada en el materialismo histórico. Sólo a título de ejemplos de esta veta, recordemos los libros que el marxista argentino Rodolfo Puiggrós publicó en la primera mitad de la década de 1940 (entre otros: *De la colonia a la revolución*, *Los caudillos de la revolución* e *Historia económica del Río de la Plata*) y los del brasileño Caio Prado Jr., *Formação do Brasil contemporâneo* e *Historia econômica do Brasil*, editados en los mismos años.

La historia económica y social encontrará nuevos paradigmas e incitaciones intelectuales en la segunda mitad de los años de 1950 y, sobre todo, en la década siguiente, lo que no hará sino consumir la pérdida de prestigio de la historia política dentro de la disciplina. Se trataba de un giro del pensamiento historiográfico generalizado en el mundo, y América Latina no fue ajena a ese giro. Algunos de los paradigmas eran afines (o al menos compatibilizables) con los esquemas conceptuales del materialismo histórico, como las lecciones que procedían de la llamada escuela francesa, identificada con la empresa de los *Annales*. La sociología de la modernización y la problemática del desarrollo económico, por su parte, obrarían como estímulos o como desafíos para el ejercicio de la interpretación histórica. El análisis marxista, a su vez, liberado del corsé estalinista después de 1956, se había hecho más abierto al contacto con otras corrientes. Eric Hobsbawm recordaría, más de veinte años después, ese período en que la relación entre la izquierda marxista de varios países y los *Annales* fue “amistosa y cooperativa”.⁶ Se habló entonces de *nueva historia*. “En contraste con la historia que privilegiaba el análisis de las instituciones y de la vida política, la nueva se interesa por casi todos los ámbitos de pasado. Si la historia tradicional tenía por cometido la narración de los acontecimientos, la más reciente se ejercita en el análisis de las estructuras y la explicación.”⁷

Tres sectores de la historia económica latinoamericana polarizarían el interés de la investigación historiográfica de este período: la economía colonial, la estructura de la economía rural, en particular la “hacienda” –y su naturaleza, capitalista o no– y la inserción de los países de la región en el mercado capitalista mundial en el último tercio del siglo XIX. La emergencia de una importante generación de estudiosos latinoamericanos está ligada con los logros de la historia económica y social, que despegó de hecho el cultivo académico de la disciplina del modelo de la patria.⁸

En este cuadro, reconfigurado por la nueva historia, que se quería científica, analítica y atenta a las estructuras de larga duración, la historia política no dejó de hacerse. Pero se la identificaría como historia tradicional, interesada en las grandes figuras y los sobresaltos de la vida política y militar, impresionista y narrativa –historia meramente “acontecimental”, para emplear el lenguaje de la historiografía francesa, o, retomando las palabras de Hilda Sabato, rama arcaica y menor de la labor historiográfica–. “Arcaica, porque se la asociaba con la *histoire événementielle*; menor, porque su objeto de estudio, la política, debía explicarse a partir de otras dimensiones de lo social que la determinaban en última instancia.”⁹ Es decir,

⁶ Eric Hobsbawm, “La historia británica y los ‘Annales’”, en *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998, p. 185.

⁷ Enrique Florescano, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus, 2002, p. 437.

⁸ Sólo como ilustración, indico algunos títulos representativos: *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina* [1975], al cuidado del historiador mexicano Enrique Florescano; *Portugal e Brasil na crise do antigo sistema colonial (1777-1808)* [1979], del brasileño Fernando A. Novais; *El sistema colonial en la América española* [1991].

⁹ Hilda Sabato, “La política argentina en el siglo XIX: notas sobre una historia renovada” (mimeo).

no se trataba del modo en que se practicaba la historia política, sino de que la política misma carecía de un espesor propio, por decir así.

IComo dije al comienzo, la historia política ha vuelto a retomar sus derechos en los últimos diez, quince años aproximadamente. También para América Latina se podrían usar las palabras que Jacques Julliard utilizó para registrar el cambio en el campo de la historiografía francesa a mediados de la década de 1970: “en la actualidad, la ilusión de que se podría hacer desaparecer el universo político sustituyéndolo por aquello que se supone camufla, es una ilusión ya disipada”.¹⁰ Lo cual, como es obvio, reconfigura el paisaje que evoqué rápidamente poco antes. Pero la historia política no reclama sus derechos haciendo suya la óptica de un paradigma que declara la caducidad de los otros en nombre de un modelo historiográfico único. Tal como la veo en el ejercicio de la producción historiográfica latinoamericana que ha inspirado en los últimos años, la historia política aparece renovada en sus enfoques y en sus preocupaciones, pero sin la pretensión de deslegitimar los otros modos de cultivar la disciplina, las especialidades más o menos vecinas. Más aun: no pretende ignorar lo que sus explicaciones deben a los conocimientos que producen sus vecinos o lo que pueden aprender de ellos. ¿Por qué, después de todo, el esfuerzo de comprensión de una coyuntura no podría cruzar el análisis del acontecimiento con los factores del tiempo largo de las estructuras? La historia política se reivindica como un punto de vista entre otros, sin ambición de historia total, pero sin renunciar a una perspectiva globalizadora, ni creer tampoco que para responder a sus preguntas y sus problemas basta la luz que arrojan la historia económica o la historia social. No cree, en otras palabras, que los hechos políticos se descifren simplemente en otras esferas de la sociedad, sobre el supuesto de que ellos no serían más que el reflejo directo o enmascarado de los hechos que se registran en esas esferas. ¿Por qué una coyuntura económica y social lleva en unos casos a una revolución y en otros no? Si la historia política reclama un punto de vista propio es porque entiende que preguntas como éstas no pueden ser respondidas sino en su propio dominio.

El renacimiento del interés en la historia política en América no podría dissociarse, por cierto, de las desventuras políticas del subcontinente. Pienso particularmente en la experiencia de los regímenes autoritarios sufrida por los países del Cono Sur, y en la reflexión sobre las condiciones y las adversidades de la democracia que esa experiencia provocó en el espacio de las élites intelectuales (el exilio fue en muchos casos el contexto de esa reflexión). De todos modos, la reaparición de la historia política no se explica simplemente como un eco de debates ajenos a la disciplina, ni se trata de un fenómeno exclusiva ni singularmente latinoamericano. Se trata de una tendencia que es activa hoy en la historiografía occidental. La explicación de este hecho no es seguramente simple, pues conjuga razones de diferente orden. Pero no quisiera internarme en un laberinto de causas y motivos del que después no estoy seguro de poder salir. Así que me limitaré a indicar los motivos más frecuentemente señalados como factores o condiciones que hicieron posible ese renacimiento.

El factor intelectual que ante todo salta a la vista es la erosión de la credibilidad en los grandes paradigmas unitarios de explicación del mundo social —funcionalismo, marxismo, es-

¹⁰ Jacques Julliard, “La política”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora (comps.), *Hacer la historia. Nuevos enfoques*, Barcelona, Laia, 1979, vol. II, p. 240.

tructuralismo—. Suele mencionarse sobre todo la crisis del marxismo, por la relevancia política de su declinación como foco de inspiración ideológica. Sin embargo, si se trata de caracterizar el estado actual de las ciencias sociales, el agotamiento de los otros paradigmas no resulta menos indicativo, pues tanto el funcionalismo como el estructuralismo fueron vistos, en diferentes momentos de la segunda mitad del siglo XX, como centros conceptuales en torno de los cuales era posible construir un sistema general para las ciencias sociales. Para recordar la relevancia que el programa asumió durante unos veinticinco años, basta remitir al célebre artículo de Fernand Braudel de 1958, sobre la “larga duración” y la alianza entre historia y ciencias sociales. En este texto Braudel tenía como interlocutor a Claude Lévi-Strauss, a quien citaba como a ningún otro autor, por lo general aprobatoriamente, y cuando polemizaba no lo hacía para disentir con la orientación del proyecto estructuralista, sino para defender la importancia de la “duración” y, con ella, de la historia, en el marco del programa esbozado por Lévi-Strauss.¹¹

El retroceso de esos modelos socio-históricos como fuente de inspiración intelectual o, simplemente, la conclusión de que no era posible unificar en torno de ellos la labor de las ciencias sociales ni, por lo tanto, la de la historia, tuvo dos efectos básicos. Por un lado, legitimó la pluralización de los modos o puntos de vista para interrogar e investigar el pasado; por el otro —en conexión con la pluralización de los puntos de vista—, le ha quitado sustento a la idea de un campo disciplinario fundamental respecto de los otros. En conclusión, si hay más de un foco de la historia, ¿cómo no reconocer en la política a uno de ellos?

Podríamos decir que asistimos al surgimiento de una nueva historia política en América Latina, siempre que no asociemos sus manifestaciones con el auge de un paradigma. Habría que destacar, por cierto, el poder de irradiación que han tenido algunas investigaciones históricas, como las de Maurice Agulhon, Pierre Rosanvallon y, en el área del subcontinente, las del historiador hispanoamericanista François Xavier-Guerra. Sin embargo, aunque como fuente de sugerencia la gravitación de estos autores es innegable, resultaría difícil definirlos como portadores o expresiones de un paradigma. Tampoco podría conectarse la reactivación actual de la historia política con el ingreso de una nueva generación de historiadores, puesto que varios de quienes sobresalen hoy en el cultivo del nuevo terreno se iniciaron y escribieron anteriormente obras importantes en el campo de la historia social, como los argentinos José Carlos Chiaramonte e Hilda Sabato. Hasta donde alcanzo a ver, en síntesis, creo que debería hablarse de preocupaciones convergentes en torno de la historia política, sobre la convicción compartida de que la agitada e inestable existencia de nuestras repúblicas, desde el siglo XIX hasta el presente, no puede esclarecerse sólo con la ayuda de la historia económica y social. No pienso que esta nueva historia surja con la promesa de resolver todos los enigmas, aunque tal vez pueda resolver algunos.

III Quiero destacar un rasgo de la nueva historia política: la atención que presta a los lenguajes políticos. ¿De qué hablaban esos personajes históricos, no importa si eran notorios, oscuros o anónimos, cuando decían, por ejemplo, “nación”, “ciudadano” o “pueblo”, en proclamas, constituciones, documentos, periódicos, libros, es decir, en esa masa de escritos

¹¹ Fernand Braudel, “La larga duración”, en *Historia y ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1968. Sobre el periplo del programa estructuralista, véase el informado libro de François Dosse, *Histoire du structuralisme*, París, La Découverte, 1992.

por los que circulaba la palabra pública en el siglo XIX? Seguramente nunca se ha sido tan consciente como en la actualidad tanto de la historicidad del conjunto nocional entretejido en los lenguajes políticos modernos, como de la equívocidad de nociones que remiten a más de un sistema de referencia, por lo cual alojan a menudo diferentes capas temporales de sentido. Una y otra vez, François-Xavier Guerra ha subrayado la importancia de esta polisemia para la inteligibilidad de los debates y los conflictos políticos del pasado hispanoamericano:

El ciudadano y la nación son dos de las mayores novedades del mundo moderno, dos figuras íntimamente ligadas con la soberanía en el mundo latino [...]. Pero ni uno ni otro son realidades simples que se pueden captar de manera unívoca, sino conceptos complejos con atributos múltiples –y a veces contradictorios– que cambian según los momentos y los lugares.¹²

Este giro, que podríamos llamar “hermenéutico”, manifiesto en el valor crítico que se concede al lenguaje con que los actores atribuyen sentido a la acción, a las fuerzas en presencia y al combate político mismo, refleja ciertamente los progresos que la historiografía europea y norteamericana han experimentado en las últimas décadas respecto de su propia historia política, incluyendo la de los conceptos de esa historia. El punto de vista de la nueva historia comporta la rehabilitación de la palabra del actor histórico –como se dice: toma en serio la palabra del actor–, no porque suponga que éste se halla en posesión de la verdad o del sentido de su acción, sino porque esa verdad o sentido no puede ser aprehendida sin referencia a esa palabra. Como ha escrito Marcel Gauchet: “Para captar retrospectivamente lo que los hombres ignoran acerca de la historia que hacen, la vía más segura es escrutar lo más cerca que sea posible la historia que ellos piensan estar haciendo”.¹³

La relevancia otorgada al lenguaje político no implica la ignorancia del mundo social, sus restricciones y sus efectos. No se trata de propiciar lo que Pierre Clastres decía del análisis estructuralista de los mitos: un discurso elegante, a veces muy rico, que no habla de una sociedad. Pensar, analizar, interpretar las representaciones acerca del orden social sin reducirlas a la condición de eco o disfraz de datos o estructuras que, de otro modo (esto es, sin el rodeo de los discursos) podrían, por decirlo así, tocarse con las manos, no implica sustraer los mitos, las ideologías –como se quiera llamar a la forma simbólica del caso–, de su espacio de producción e invención. Esas representaciones no se engendran ni flotan en el vacío social. No obstante sería difícil hablar en general, o sea independientemente del tipo de sociedad de que se trate, del modo en que ellas se aferran a las articulaciones del mundo social, uniendo, separando, disponiendo, en fin, en un orden de sentido las relaciones de autoridad, la división social del trabajo, las categorías de sexo o de edad, las asimetrías de casta o de clase, etc. En términos generales, sólo puede postularse que si bien la naturaleza de esas relaciones no se reduce a las significaciones que se entretajan con ellas, las significaciones son parte constitutiva de su naturaleza.

Como es ya demasiado evidente a esta altura de la exposición, este giro pone a la historia política en comunicación con la historia de las significaciones. Empleo esta denominación

¹² François-Xavier Guerra, “El soberano y su reino. Reflexiones sobre la génesis del ciudadano en América Latina”, en Hilda Sabato (coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, México, Colegio de México-FCE, 1999, p. 33.

¹³ Marchel Gauchet, “L’élargissement de l’objet historique”, en *Le Débat*, enero-febrero de 1999, N° 103, p. 142.

hospitalaria para abarcar con ella no sólo las expresiones de lo que llamamos habitualmente pensamiento, sea o no político, sino también las figuraciones de lo imaginario. El historiador brasileño José Murilo de Carvalho nos proporciona un ejemplo inmediato y claro de esta comunicación entre historia política e historia de las significaciones, en los trabajos que creyó necesario escribir después de su libro sobre la implantación de la república en el Brasil. Concluido éste, dice, comenzaron a asaltarlo algunos interrogantes:

¿Se había consolidado el nuevo régimen apenas sobre la base de la fuerza del acuerdo oligárquico? ¿No hubo, como ocurre casi siempre, intentos de legitimación que lo justificasen, si no ante la totalidad de la población, al menos ante los sectores políticamente movilizados? En caso positivo, ¿cuál fue ese esfuerzo, cuáles las armas usadas y cuáles los resultados?¹⁴

A partir de estas preguntas, Murilo de Carvalho explora lo que denomina “la batalla en torno de la imagen del nuevo régimen”, una batalla que se libra por el imaginario popular entre definiciones rivales de la república. Los datos que tendrá como materia de sus análisis no serán únicamente los hechos de discurso, sino también rituales, símbolos, alegorías.

Desde hace un tiempo algunos hemos comenzado a utilizar el término “historia intelectual” para designar este campo de estudios, que tiene una larga y rica tradición en América Latina. En un artículo publicado en 1986, el historiador Jaime Jaramillo Uribe señalaba que la historia intelectual, entendida y practicada como historia de las ideas, representaba, junto con la historia económica y social, la otra zona de desarrollo de la investigación del pasado en nuestros países. Su foco de irradiación era México y sus comienzos remitían a la labor pedagógica de José Gaos, pero sobre todo a la amplia producción de Leopoldo Zea. El tema de la identidad latinoamericana y el de los avatares de la conciencia de esa identidad en el dominio de las ideas y la cultura han sido las preocupaciones centrales de esta línea historiográfica en que junto con el de Zea sobresalen los nombres de Arturo Ardao, Arturo Roig, Ricarte Soler.

Más o menos en contacto con la historia política, la historia intelectual conoce también una reactivación en los últimos años. Esta reactivación no se halla en continuidad con la tradición que acabo de mencionar, y sus practicantes no hacen suya la afanosa búsqueda de la identidad latinoamericana y sus formas de conciencia. Hay nuevas perspectivas en el análisis histórico de las significaciones, y en un reciente trabajo de Aimer Granados García y Carlos Marichal puede hallarse un sintético estado de la cuestión en América Latina. Remito a esa útil introducción para no repetir lo que ya expuse en otro lugar acerca de la orientación que podría tomar la historia intelectual.¹⁵ Quisiera, en cambio y para concluir, referirme a otra área de investigación, también conectada tanto con la historia política como con la historia intelectual. Hablo de la historia de los intelectuales.

Las élites culturales han sido actores importantes de la historia de América Latina. Obrando como mediadores entre la “república internacional de las letras” y las condiciones y tradiciones locales, esas élites desempeñaron un papel decisivo no sólo en el dominio de las

¹⁴ José Murilo de Carvalho, *La formación de las almas. El imaginario de la República en el Brasil*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1995, p. 15.

¹⁵ Carlos Altamirano, “Ideas para un Programa de Historia Intelectual”, en *Prismas*, N° 3, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

ideas, el arte o la literatura del subcontinente, es decir, de las actividades y las producciones reconocidas como culturales, sino también en el de la historia política. Si se piensa en el siglo XIX, no podrían describirse adecuadamente ni el proceso de la Independencia, ni el drama de nuestras guerras civiles, ni la construcción de los estados nacionales, sin referencia al punto de vista y la acción de los letrados, los doctores, los intelectuales. El vasto cambio social y económico que posteriormente, en el último tercio del siglo XIX, incorporó a los países latinoamericanos en la órbita de la modernización capitalista, reclutó sus profetas y “legisladores”, para usar la denominación de Zigmunt Bauman, entre esos círculos ilustrados. En el siglo XX la situación y el papel de las élites culturales varió de un país al otro, según las vicisitudes de la vida política nacional, la complejización creciente de la estructura social y la ampliación de la gama de los productores y los productos culturales. Pero, hablando en términos generales, hemos tenido, como en otras partes del mundo, hombres de letras aplicados a la legitimación del orden e intelectuales críticos del poder, vanguardias artísticas y vanguardias políticas surgidas de las aulas universitarias. El APRA, creado en 1924 por un líder del movimiento estudiantil peruano, Haya de la Torre, es sólo el ejemplo más logrado, pero no el único, de esas vanguardias que estimuló a lo largo de América Latina el movimiento de la Reforma Universitaria. Por último, ¿no han sido también parte de nuestra vida pública las instituciones características de la *intelligentsia*, desde las comunidades científicas a las formas de expresión típicas de la acción intelectual, como las revistas y los movimientos literarios?

Sin embargo, no contamos con una historia de estos grupos, de sus asociaciones y sus formas de acción, de los espacios de la vida intelectual, de sus debates y de las relaciones entre “poder secular” y “poder espiritual”, para hablar como Auguste Comte. Hay excelentes estudios sobre casos nacionales, por cierto, y el Brasil y México son los países que llevan la delantera en este terreno. Creo que la reactivación de la historia intelectual como de la historia política pueden ayudar a fertilizar esa zona abandonada hasta ahora que es la de una historia social y política de nuestras élites culturales. Christophe Charle observa a propósito de los intelectuales en la Europa del siglo XIX que el estudio social de éstos fue ganando su lugar a medida que se hacía más compleja la definición de las jerarquías y las dinámicas sociales que ofrecían los historiadores.¹⁶ La observación es pertinente igualmente para América Latina, de la que tenemos también, por obra de sus historiadores, sociólogos y antropólogos, una imagen de sus divisiones y jerarquías sociales crecientemente compleja. Pero añadiría, contra la inclinación a una reducción sociologista del análisis y la explicación, que una historia que tome en cuenta la diversidad de formas que adoptó la acción de los intelectuales a lo largo de dos siglos únicamente puede ser fruto de la colaboración de estudiosos de diferentes disciplinas, desde la historia política a la historia de la literatura latinoamericana, pasando por la sociología de la cultura y la historia de las ideas.

No creo que la investigación de esas élites sea un tributo obligado a una concepción elitista de la historia. No se trata de volver a contar el relato épico de los héroes civilizadores, ni de invertir ese relato para alimentar el género opuesto, el del proceso a los intelectuales. Una historia social y política de los actores de la cultura y de las prácticas culturales, de sus debates y sus espacios de sociabilidad, tiene los medios para escapar a esa disyuntiva. □

¹⁶ Christophe Charle, *Les intellectuels en Europe au XIX siècle*, París, Seuil, 1996.